

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA*Unicuique suum Non praevalent*

Año L, número 49 (2.595)

Ciudad del Vaticano

7 de diciembre de 2018

Rezar con humildad



Eficiencia y transparencia

El Papa Francisco ha instaurado, a partir de un Motu proprio una nueva ley sobre el Gobierno del Estado de la Ciudad del Vaticano, que entrará en vigor el 7 de junio del año próximo.

Como explica el Pontífice en su escrito, él delegó, por medio de un Quirógrafo del 22 de febrero de 2017, al cardenal Giuseppe Bertello «la potestad y toda facultad necesaria para redactar una nueva Ley sobre el Gobierno del Estado de la Ciudad del Vaticano y las reglamentaciones correspondientes necesarias para el funcionamiento del aparato administrativo del Estado», da-

da «la urgente necesidad de reorganizar la estructura del Estado y hacer que responda a las necesidades actuales», con la intención de «hacer aún más claro el peculiar propósito institucional del Estado de la Ciudad del Vaticano, llamado por su naturaleza a garantizar la independencia absoluta y visible en la Sede de Pedro».

Se trata de una «reforma sistemática legislativa a la luz de los principios de racionalización, economicidad y simplificación» y que al mismo se basa en los «criterios de funcionalidad, transparencia, coherencia normativa y flexibilidad organizativa que deben caracterizar tal ente». De acuerdo

con esos objetivos, la nueva Ley prevé la reducción del número de organismos operativos: las Direcciones pasan de las actuales 9 a 7, además del Observatorio Vaticano como organismo científico (Infraestructura y Servicios; Telecomunicaciones y Sistemas Informáticos; Economía; Servicios de Seguridad y Protección Civil; Sanidad e Higiene; Museos y Patrimonio Cultural; Villas Pontificias), mientras que las Oficinas Centrales pasan de las actuales 5 a 2 (Oficina del Personal y Oficina Jurídica). La nueva legislación tiende a una descentralización moderada de las estructuras administrativas.

La semana del Papa

Ser cristiano



¿"Decir o hacer"? ¿Soy un cristiano de palabras o de hechos? ¿"Arena o roca"? ¿Construyo mi vida sobre la roca de Dios o sobre la arena de la mundanidad? ¿"Alto o bajo"? ¿Se inspira mi vida en el "Magnificat"?

(@pontifex_es, 06 de diciembre, 13:30)

La salvación



Sentirse necesitados de salvación es el comienzo de la fe: es el camino que prepara el encuentro con Jesús

(@pontifex_es, 05 de diciembre, 13:30)

Sonrisa



¿Cuántas personas discapacitadas que sufren se abren de nuevo a la vida apenas sienten que son amadas! ¡Y cuánto amor puede brotar de un corazón gracias a la terapia de la sonrisa!

(@pontifex_es, 03 de diciembre, 13:30)

Sufrimiento



Levantemos el velo de indiferencia que cubre el destino de quien sufre. Nadie puede lavarse las manos ante la trágica realidad de la esclavitud de hoy

(@pontifex_es, 02 de diciembre, 13:30)

Sobre los santuarios

Lugares de acogida, oración y sobre todo, de misericordia, los santuarios «son insustituibles porque mantienen viva la piedad popular, enriqueciéndola con una formación catequética que sostiene y fortalece la fe» y nutre «el testimonio de la caridad». Hablando a los participantes en la conferencia internacional de rectores y operadores de los santuarios —que se reunieron en el Vaticano el jueves 29 de noviembre— el Papa elogió estos lugares donde el pueblo de Dios se reúne para expresar su devoción «en la sencillez y según las tradiciones que se han aprendido desde la infancia». En este sentido, Francisco definió como «una joya» el cambio del término «religiosidad popular» por «piedad popular» —introducido por Pablo VI— que «como dijo un obispo italiano, es el sistema inmunitario de la Iglesia».

Y, a continuación, añadió una consideración: «El santuario es un lugar privilegiado para experimentar la misericordia que no conoce fronteras».

Mensaje al patriarca

El Papa Francisco envió un mensaje a su Santidad Bartolomé I, Patriarca Ecuménico de Constantinopla, el 30 de noviembre, con motivo de la fiesta de San Andrés y le agradeció por compartir sus mismas preocupaciones por los hermanos y hermanas carentes de paz en Oriente Medio. Y subrayó: «Hoy podemos trabajar juntos en la búsqueda de la paz entre los pueblos, por la abolición de todas las formas de esclavitud, por el respeto y la dignidad de todo ser humano y por el cuidado de la creación. Con la ayuda de Dios, a través del encuentro y el diálogo en nuestro camino juntos durante los últimos cincuenta años, ya experimentamos estar en comunión, a pesar de que todavía no sea plena y completa».

Con voluntarios de Cerdeña

Promover la «cultura de la solidaridad y de la gratuidad», que «contribuye a la construcción de una sociedad fraterna, en cuyo centro se encuentra la persona huma-

na»: es el compromiso indicado por el Pontífice a setecientos voluntarios pertenecientes al centro de servicio «Cerdeña solidaria», a quienes recibió en audiencia el viernes, 30 de noviembre, en el aula Pablo VI. Ante ellos destacó: «El servicio de voluntariado solidario es una opción que nos hace libres y abiertos a las necesidades del otro; a las demandas de la justicia, a la defensa de la vida, a la salvaguardia de la creación, con una atención tierna y especial para los enfermos y, sobre todo, para los ancianos, que son un tesoro de sabiduría».

Junto a los cristianos que sufren

Espero que, «sostenidos por la oración y la solidaridad activa de muchos, podáis extender vuestra acción en todas las zonas de Pakistán donde los cristianos y otras minorías están más presentes y, desafortunadamente, también discriminados y sometidos a abusos y violencia». Lo dijo el Papa, el 30 de noviembre a los miembros de la asociación «Misión Shahbaz Bhatti», que se llama así en honor al ministro pakistaní de Minorías, político católico asesinado en 2011. El Papa recordó su figura y subrayó que «su sacrificio está dando frutos de esperanza». Y les animó a seguir adelante con su estilo evangélico, que «combina firmeza y mansedumbre», para «asegurar asistencia a las víctimas de falsas acusaciones y, al mismo tiempo, realizar signos concretos de lucha contra la pobreza y las modernas esclavitudes».

A un colegio jesuita

Obediencia y libertad son «dos virtudes que avanzan si caminan juntas», tanto más en la misión de los jesuitas, que están llamados a ser «libres y obedientes, sobre el ejemplo de san Ignacio». Lo subrayó el Papa recibiendo en audiencia la mañana del lunes, 3 de diciembre, en la Sala del Consistorio a la comunidad del colegio internacional del *Gesù* de Roma, con ocasión del quincuagésimo aniversario de la fundación, en 1968, por iniciativa del padre Arrupe. El Papa invitó a los presentes a reflexionar sobre tres verbos: «fundar, crecer y madurar». Fun-

darse, dijo el Pontífice, es el primer verbo que quisiera dejaros. Lo escribía san Francisco Javier, a quien hoy festejamos: «os pido que en todas vuestras cosas, os fundéis totalmente en Dios». El segundo verbo crecer, es importante para el pontífice para «echar raíces», ya que «la planta crece desde las raíces, que no se ven pero que sostienen todo. Y deja de dar fruto no cuando tiene pocas ramas, sino cuando se secan sus raíces». Y precisó: «Crecer, echar raíces significa luchar sin tregua contra toda mundanidad espiritual, que es el peor mal que nos puede pasar, como decía el padre de Lubac».

Y sobre el tercer verbo, madurar, el Pontífice precisó que «no se madura en las raíces y en el tronco, sino sacando los frutos, que fecundan la tierra con nuevas semillas. Aquí es donde entra en juego la misión, el estar cara a cara con las situaciones de hoy, el cuidar del mundo que Dios ama». Y recordó que el jesuita está llamado a estar «en los cruces más intrincados, en las fronteras, en los desiertos de la humanidad».

A las academias pontificias

La eternidad, la otra cara de la vida: el tema elegido para la vigésima tercera sesión pública de las Academias Pontificias «nos estimula a reflexionar» sobre un área que «aunque es esencial y fundamental para la experiencia cristiana, está bastante descuidada, tanto en la investigación teológica de los últimos años como, sobre todo en la proclamación y formación de los creyentes». Lo escribe el Papa en el mensaje enviado al cardenal Ravasi, presidente del consejo coordinador de academias pontificias, y leído por el cardenal Parolin, secretario de Estado, con motivo de la ceremonia que se llevó a cabo en la tarde del martes 4 de diciembre.

«Espero —escribe Francisco— que tanto a nivel teológico como a nivel de proclamación, catequesis y formación cristiana, renovemos nuestro interés y reflexión sobre la eternidad, sin la cual la dimensión del presente carece de sentido último, de la capacidad de renovación, de la esperanza en el futuro».



En el Ángelus del primer domingo de Adviento

Una esperanza de paz para Siria

El Papa encendió una vela al finalizar el Ángelus para representar frente al mundo «la esperanza de paz» por Siria, martirizada por ocho años de guerra. Después de la oración mariana rezada a mediodía del domingo 2 de diciembre, adhiriéndose a la iniciativa de «Ayuda a la Iglesia que sufre», el Pontífice repitió el mismo gesto que llevaron a cabo niños sirios y muchos fieles en diversas partes del mundo. Con anterioridad, Francisco había dedicado su meditación al tiempo de Adviento.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy comienza el Adviento, el tiempo litúrgico que nos prepara para la Navidad, invitándonos a buscar y abrir nuestros corazones para acoger a Jesús. En el Adviento no solo vivimos la espera de la Navidad; también estamos invitados a despertar la espera del glorioso regreso de Cristo —cuando al final de los tiempos vuelva— preparándonos para el encuentro final con él con opciones coherentes y valientes. Recordamos la Navidad, esperamos el glorioso regreso de Cristo, y también nuestro encuentro personal: el día en que el Señor llamará. En estas cuatro semanas, estamos llamados a salir de un modo de vida resignado y rutinario, y a salir, alimentando las esperanzas, alimentando los sueños para un nuevo futuro.

El Evangelio de este domingo (cf. *Lucas* 21, 25-28.34-36) va precisamente en esta dirección y nos pone en guardia acerca de dejarnos oprimir por un estilo de vida egocéntrico o por los ritmos convulsivos de los días. Las palabras de Jesús son particularmente incisivas: «Guardaos de que no se hagan pesados vuestros corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por las preocupaciones de la vida y venga aquel Día de improviso sobre vosotros [...] Estad en vela, pues orando en todo tiempo» (vv. 34-36). Mantenerse despiertos y rezar: así es como se vive este tiempo desde hoy hasta Navidad. Estar despiertos y rezar. El sueño interno surge cuando giramos siempre entorno a nosotros mismos y nos quedamos bloqueados en la cerrazón de la propia vida con sus problemas, sus alegrías y sus dolores, pero siempre giramos alrededor de nosotros mismos. Y esto cansa, esto aburre, esto se cierra a la esperanza.

Aquí está la raíz del letargo y la pereza de la que habla el Evangelio. El Adviento nos invita a un compromiso vigilante, mirando fuera de nosotros, ampliando nuestra mente y nuestro corazón para abrirnos a las necesidades de las personas, de los hermanos, al deseo de un mundo nuevo. Es el deseo de tantos pueblos atormentados por el hambre, la injusticia, la guerra; Es el deseo de los pobres, los débiles, los abandonados. Este tiempo es apropiado para abrir nuestros corazones, para hacernos preguntas concretas sobre cómo y por quién pasamos nuestras vidas. La segunda actitud para vivir bien el tiempo de la espera del Señor es la de la oración. «Co-brad ánimo y levantad la cabeza porque se acerca vuestra liberación» (v. 28), advierte el Evangelio de Lucas. Se trata de levantarse y rezar, de volver nuestros pensamientos y nuestros corazones a Jesús que está por venir. Uno se levanta cuando espera algo o a alguien. Esperamos a Jesús, queremos esperarlo en la oración, que está estrechamente relacionada con la vigilancia. Rezar, esperar a Jesús, abrirse a los demás, estar despiertos, no encerrados en nosotros mismos. Pero si pensamos en la Navidad en una clima de consumismo, de ver lo que puedo comprar para hacer esto y lo otro, de fiesta mundana, Jesús pasará y no lo encontraremos. Nosotros esperamos a Jesús y queremos esperar en la oración, que está estrechamente relacionada con la vigilancia.

¿Pero cuál es el horizonte de nuestra espera en oración? Nos lo indican, sobre todo, las voces de los profetas en la Biblia. Hoy es la de Jeremías, que habla al pueblo duramente tratado por el exilio y que corre el riesgo de perder su identidad. Incluso nosotros, los cristianos, que también somos el pueblo de Dios, nos arriesgamos a mezclarlos y perder nuestra identidad, es más, de «paganizar» el estilo cristiano. Por lo tanto, necesitamos la Palabra de Dios que a través del profeta proclama: «Mirad qué días vienen —oráculo de Yahveh— en que confirmaré la buena palabra que dije a la casa de Israel y la casa de Judá [...] Haré brotar para David un germen justo, y practicará el derecho y la justicia en la tierra» (33, 14-15). Y esa simiente justa es Jesús, es Jesús que viene y esperamos. Que la Virgen María, que nos trae a Jesús, mujer de

espera y oración, nos ayude a reforzar nuestra esperanza en las promesas de su Hijo Jesús, para que experimentemos que, a través del transcurrir de la historia, Dios siempre permanece fiel y también se sirve de los errores humanos para mostrar su misericordia.

Al terminar la oración, el Pontífice lanzó un llamamiento por la paz en Siria y después saludó a los diferentes grupos de fieles presentes.

Queridos hermanos y hermanas:

El Adviento es un tiempo de esperanza. En este momento quisiera hacer mía la esperanza de paz para los niños de Siria, la amada Siria, atormentada por una guerra que ya dura ocho años. Por este motivo, al adherirme a la iniciativa de «Ayuda a la Iglesia Necesitada», ahora encenderé una vela, junto con muchos niños que harán lo mismo, niños sirios y muchos fieles en el mundo que hoy encienden sus velas [encendieron la vela].

¡Esta llama de esperanza y muchas llamas de esperanza dispersan la oscuridad de la guerra! Recemos y ayudemos a los cristianos a permanecer en Siria y Oriente Medio como testigos de misericordia, perdón y reconciliación. La llama de la esperanza también llega a todos aquellos que sufren en estos días conflictos y tensiones en otras partes del mundo, cerca y lejos. La oración de la Iglesia les ayuda a sentir la proximidad del Dios fiel y toca toda conciencia para un compromiso sincero con la paz. Y que Dios, nuestro Señor, perdone a los que hacen la guerra, a los que hacen armas para destruirse a sí mismos y que convierta sus corazones. Recemos por la paz en la amada Siria.

[«Ave María...»]

Dirijo mi saludo a vosotros, romanos y peregrinos, aquí presentes; en particular a los procedentes de Linden, en los Estados Unidos de América, Valencia y Pamplona; así como a los estudiantes y profesores del Colegio «Claret» de Madrid.

Saludo al coro polifónico de Modica, a los fieles de Altamura, Conversano y Laterza. A todos deseo un buen domingo y un buen camino de Adviento. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

Las redes sociales contra la razón

Crisis de sinceridad, un «ruido tan fuerte» que impide la atención, con las redes sociales omnipotentes: «en Twitter, el tumulto vano de las “interacciones” nutre una espiral de “choques” ensordecedores. El odio hace eco al odio. La mala fe se expande por todas partes», escribe en «Le Monde des Livres» del 30 de noviembre Jean Birnbaum, el responsable del suplemento semanal del acreditado diario parisino.

Pero cada cierto tiempo, ahí está el «pequeño milagro», cuando «una voz se abre un camino hacia otra voz», en el silencio de una «confianza vivaz» y de aquella amistad que forma «un espacio de una sonrisa total», como escribía Roland Barthes. Pero es necesario volver a los libros, afirma, sin dudar, Birnbaum presentando la correspondencia entre Maritain, Bernanos, Claudel y Mauriac que acaba de publicar con el título *Un catholique n'a pas d'allies* (Les Éditions du Cerf). Cuatro intelectuales católicos, en áspero desacuerdo entre sí, pero unidos por una misma voluntad de «escuchar el sonido de las almas», decía Raïssa Maritain, esposa de Jacques.

Como también hay un contraste de opiniones sobre el movimiento de la Action Française condenado por Pío XI, sobre la guerra de España, sobre la guerra mundial. La franqueza y la sinceridad recorren esta correspondencia, gracias a textos que no solo tienen un valor histórico sino que «pueden rearmar espiritualmente, aquí y ahora, a todo espí-



ritu que repudie la *twitterización* del debate intelectual» concluye Birnbaum. Y quien da el golpe de gracia a las redes sociales, en el mismo número de «Monde des Livres», es la filósofa Elisabeth Badinter, que denuncia una opinión pública que se ha convertido en estos nuevos canales, a menudo «poco matizada, poco advertida y de una violencia inaudita».

Un poder sin precedentes que Badinter, entrevistada por Birnbaum, advierte «como una censura», ni más ni menos. Estudiosa de la ilustración (a la que dedicó *Les passions intellectuelles*, que acaban de ser recopiladas en un volumen de Robert Laffont), la filósofa francesa sabe muy bien que incluso en el siglo XVIII las polémicas eran violentas. «Pero en ese momento esto no tenía que ver con un microcosmos. La cantidad de odio personificado. Esto cambia las cosas. Si esta tendencia *twitterera* hubiera ganado hoy, jeto significaría el fin de la reflexión y el conocimiento fuera de los conventos! Al mismo tiempo, me siento bastante optimista: este conocimiento falso, estas provocaciones, este odio ... si ya tienes suficiente, pronto te cansarás de todo esto, espero». Lectora refinada de la correspondencia del siglo XVIII, Badinter concluye: «No creo que podamos hablar libremente en Internet. ¡Nunca he participado en una controversia intelectual por correo electrónico! Además, por correo electrónico no recibo ninguna correspondencia digna de ese nombre. Tengo más confianza cuando escribo una carta. ¿Usted no?» (*g.m.v.*)



El cardenal Ouellet entrega el Premio mundial de 2016, en Roma, a la española Izara Batres Cuevas

A las puertas del Premio mundial de poesía mística

LORENA PACHO PEDROCHE

El próximo 13 de diciembre se conocerá el ganador del XXXVIII Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística, que en esta ocasión se entregará en el Instituto Cervantes de Nueva York, después de haber pasado en otras ediciones por foros como la ONU, la UNESCO, el Senado francés o el Campidoglio romano. Los finalistas que optan al galardón son diez poetas (cinco hombres y cinco mujeres) procedentes de Argentina (2), Colombia (2), España (5) e Italia (1), seleccionados de entre 226 poemarios de 28 países. Nueve de sus obras están escritas en español y una en inglés.

El premio, para obras inéditas, está dotado con 7.000 euros y la publicación de la obra. Cada año cuenta con el apoyo de un amplio Comité de Honor compuesto por académicos de la Lengua, de la Historia y de las Ciencias Morales y Políticas, así como por escritores, poetas, hispanistas y rectores universitarios. El padre José María López es el secretario del Premio y explica a L'Osservatore Romano en Roma, antes de partir hacia Nueva York que en la larga trayectoria del galardón, ha ido gozando cada vez de mayor acogida no solo entre los poetas sino también entre personas que se ocupan del arte o de la poesía y «la misma jerarquía de la Iglesia ha celebrado este premio». También señala un logro importante: «en los últimos años las ganadoras han sido mujeres y la calidad de las obras ha ido en aumento». Remarca que los poetas y participantes plasman en sus obras sus «experiencias íntimas de la unión con Dios, las luchas interiores, la purificación, los momentos de testimonio», por lo que «hay una riqueza impresionante en la poesía mística y aquel que la lee se siente elevado».

Sobre la necesidad de la poesía en el mundo actual, y de la poesía mística en particular, habló Fernando Rielo, el fundador del premio, en 1985, en un discurso ante la UNESCO: «la poesía es forma de una cultura que pasa por una espiritualidad insobornable; privada de este paso, no puede darnos el fruto de la paz. (...) la cultura es sabiduría que eleva a sistema las intuiciones de la vida. Su lenguaje, la poesía; su fruto, la paz.»

El padre López secunda las palabras de Rielo y destaca el papel de la poesía mística como promotora de la paz en un mundo convulso. «Hay que tener en cuenta que la paz empieza por uno mismo. La paz, la alegría la libertad son dones que tiene el poeta místico. Manifestar esto internamente crea

paz y la fomenta en la sociedad, en la familia, en la comunidad religiosa», dice.

Además, la universalidad del hecho místico y de la poesía mística le confieren al premio un carácter ecuménico. De hecho, lo han obtenido poetas tanto de las distintas confesiones cristianas —la mayoría— como de credos no cristianos, prueba de la capacidad de la poesía mística para unir a las culturas y a las religiones. «El premio no es excluyente», declara López y destaca que la poesía mística es «potenciante, incluyente y dialogante». Señala que es «en el cristianismo, en la experiencia trinitaria» donde mejor logran reflejarse estas cualidades. «Cuando se sabe expresar a través del arte de la palabra puede competir con la gran poesía», dice y añade: «La fuerza de la poesía mística es que es eminentemente dialogante». Y remarca también los puentes y la relación de entendimiento que este arte traba con otras formas más convencionales de hacer poesía.

Habla además de las diferencias entre la poesía religiosa y la poesía mística, que «va más allá». Mientras que la poesía religiosa, según él, está al alcance de cualquier poeta, incluso no creyente, la poesía mística «es un *religare* fuerte, es decir, es experiencia de unión». La poesía religiosa «es poesía de búsqueda, incluso hasta de crítica, poesía que no está expresando la intimidad divina pero sí expresa un sentimiento religioso, la poesía mística va mucho más allá y compromete al poeta y hace que aquel que lee salga también comprometido, tocado», alega y concluye: «La poesía mística es potenciante, no reductiva, no excluye ningún género, es mucho más creativa y dialogante».

El Premio Mundial Fernando Rielo de Poesía Mística se creó en el año 1981 con el fin de promover la poesía mística y dar a conocer a aquellos poetas que conjuguen una elevada espiritualidad con una auténtica expresión literaria. Cuando esto no se cumple, se otorga, antes que declararlo desierto, a verdaderos poetas que, aunque no puedan ser estimados místicos en un sentido estricto, aportan una delicadeza digna de respeto. El objetivo del Premio es, en palabras de la organización, «promover el origen y el destino celeste del ser humano, en un mundo desgarrado por tantos sufrimientos y que necesita más que nunca saber quién es y cuál es su misión en esta vida».

Dada la alta participación de poetas hispanoamericanos y a la existencia de una rica tradición de poetas místicos o próximos a la poesía mística en la región, la Fundación lo celebró por primera vez en Ecuador en 2002.

En un mensaje del Pontífice en la Universidad Gregoriana

Para la gestión de los bienes culturales de la Iglesia

Al reafirmar «el deber de protección y conservación» del patrimonio cultural de la Iglesia, es necesario aclarar «que no tienen un valor absoluto, pero en caso de necesidad, deben servir al mayor bien del ser humano y especialmente al servicio de los pobres»: es lo que el Papa Francisco recuerda —basándose en la lección de la *Passio* del mártir romano Lorenzo— a los participantes en la conferencia organizada por el Consejo Pontificio para la Cultura, en colaboración con la Conferencia Episcopal Italiana y la Universidad Pontificia Gregoriana, que acogió el tema «¿Dios ya no vive aquí? Cesión de lugares de culto y gestión integrada de los bienes culturales eclesiales», el 29 al 30 de noviembre.

En un mensaje enviado al cardenal presidente Gianfranco Ravasi —que lo leyó en la sesión inaugural— el Pontífice cita el magisterio de los predecesores, elaborando «casi un discurso teológico sobre los bienes culturales, considerando que estos ocupan un lugar en la liturgia sagrada, en la evangelización y en el ejercicio de la caridad». Por el resto, subraya, «el sentido común de los fieles percibe en los entornos y los objetos destinados al culto la permanencia de una suerte de huella que no desaparece incluso después de que hayan perdido ese destino».

Además, Francisco continúa en su ponderación, «los bienes culturales eclesiales son testigos de la fe de la comunidad que los ha producido a lo largo de los siglos y, por este motivo, son a su manera instrumentos de evangelización que se añaden a los instrumentos ordinarios del anuncio, de la predicación y de la catequesis». Pero, advierte el Papa, «esta elocuencia original suya puede conservarse incluso cuando ya no se usan en la vida ordinaria del pueblo de Dios, en particular a través de una adecuada exposición museística, que no los considere solo documentos de la historia del arte, sino que les devuelva casi una nueva vida para que puedan continuar desempeñando una misión eclesial».

Finalmente, después de señalar que «los bienes culturales están dirigidos a las actividades caritativas realizadas por la comunidad eclesial», el Pontífice expresa su aprecio por el propósito de la conferencia: además, señala «la constatación de que muchas iglesias, necesarias hasta hace algunos años, ahora ya no lo son, debido a la falta de fieles y del clero, o a una distribución diferente de la población en las ciudades y en las áreas rurales, debe ser vista en la Iglesia no con ansiedad, sino como un signo de los tiempos que nos invita a la reflexión y nos obliga a adaptarnos». También porque «esta reflexión, iniciada desde hace tiempo a nivel técnico en el ámbito académico y profesional, ya ha sido abordada por algunos episcopados. La contribución



Claustros de la catedral de Gloucester, Reino Unido

de este congreso es ciertamente la de hacer que las personas perciban la amplitud de la problemática, pero también la de compartir experiencias virtuosas, gracias a la presencia de los delegados de las Conferencias Episcopales de Europa y de algunos países de América del Norte y Oceanía». Por supuesto, Francisco es consciente de que, a pesar de que de los trabajos, pueden surgir sugerencias y líneas de acción, «las decisiones concretas y últimas tocan a los obispos».

Por lo tanto, es a estos a quienes recomienda tomar todas las decisiones sobre este tema como «el resultado de una reflexión coral llevada a cabo dentro de la comunidad cristiana y en diálogo con la comunidad civil». De hecho, agrega, «la cesión no debe ser la primera y la única solución en la que pensar, ni jamás debe llevarse a cabo con escándalo de fieles». Por el contrario, «en el caso de que fuera necesario, debería incluirse a tiempo en la programa-

ción pastoral ordinaria, ir precedida de una información adecuada y ser compartida lo más posible». En resumen, concluye Francisco, «la construcción de una iglesia o su nuevo destino no son operaciones que pueden tratarse solamente desde un punto de vista técnico o económico, sino que deben evaluarse según el espíritu de profecía: a través de ellas, en efecto, pasa el testimonio de la fe de la Iglesia, que recibe y valoriza la presencia de su Señor en la historia».

Hacia la conferencia en el Vaticano sobre la tutela de los menores

«**C**omo mujer, laica y madre no puedo no percibir la responsabilidad a la que todos estamos llamados y el horror de lo que ha surgido hacia quienes podrían ser nuestros hijos». No recurre a giros de palabras Gabriella Gambino, subsecretaria de la sección de vida del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida, al revivir el compromiso de enfrentar la crisis de abuso.

En una entrevista con Alessandro Gisotti para Vatican News, Gambino —que forma parte del comité organizador de la conferencia sobre la protección de menores, que se realizará del 21 al 24 de febrero en el Vaticano— dijo que «se necesitan personas competentes y capacitadas», capaces de «aportar su contribución experiencial también como padres y educadores, que todos los días tienen que ver con las fragilidades humanas».

Pero «para traducir en acción las intenciones de corresponsabilidad y transparencia, necesitamos que todos nosotros, religiosos y laicos seamos involucrados: solo así la Iglesia puede ser efectiva, sobre todo para prevenir estas formas graves de violencia de ahora en adelante». Gambino también insistió en el he-

cho de que «como laicos, también debemos crear relaciones de alianza entre los diversos ámbitos educativos en los que crecen nuestros hijos: la escuela, la parroquia y las familias».

Pero, señaló, «esta alianza hoy, en muchos sentidos, ya no existe, es ficticia y, como padres, a menudo nos sentimos impotentes».

Sin ocultar los temas candentes e invitando a la recuperación de la confianza de tantas personas que se sienten traicionadas por los escándalos, la subsecretaria de la sección de vida del Dicasterio desea que la conferencia de febrero «muestre una actitud de voluntad inteligente y efectiva para entender el problema. De conversión interior, de apertura a la verdad y al bien».

Y «es hora de actuar para que la Iglesia del amor sea también el área en la que la justicia y la verdad se puedan encontrar».

En esencia, concluyó, «crear las condiciones y estructuras para que la intervención para la protección de una víctima sea inmediata y posible no solo es un acto de justicia, sino también de caridad, incluso para los responsables. Sólo así la Iglesia puede volver a ser creíble».

FERNANDO PRADO

Hace tiempo que Francisco perdió el miedo a ser entrevistado. Fue Francesca Ambrogetti quien le abrió los ojos y le hizo convencerse de que sus palabras podían hacer más bien que su silencio. Desde que llegó a la Sede de Pedro, Francisco ha concedido varias entrevistas. A decir verdad, si no tenemos en cuenta esos momentos en los que el Papa se somete «a cuerpo descubierto» a las preguntas que le formulan los periodistas en los vuelos de los viajes apostólicos, no han sido muchas. En esas circunstancias en que la respuesta espontánea se hace necesaria, Francisco asume un alto grado de vulnerabilidad. Este riesgo lo vive como parte de su labor como pastor. Por su parte, los periodistas

Fragilidad y fuerza de la vida religiosa

De cuatro horas de conversación con el Papa en una tarde de verano, Fernando Prado, un claretiano español, ha obtenido un pequeño libro entrevista que salió el 3 de diciembre. Sobre un tema muy próximo al entrevistado y al entrevistador, ambos religiosos: la vida consagrada. Poco más de cien páginas publicadas en diez idiomas: el español original (*El poder de la vocación: la vida consagrada hoy* Publicado en España, Argentina, Estados Unidos) de hecho se ha traducido al inglés (con ediciones de Estados Unidos, India, Filipina), portugués (en Portugal y Brasil), francés, alemán, polaco, esloveno, catalán y chino, mientras que la traducción italiana fue realizada por Edizioni Dehoniane Bologna (*La forza della vocazione. La vita consacrata oggi*, 118 páginas, 9,50 euros). Escrita en una prosa sobria y fluida, la entrevista afronta con realismo, pero también con esperanza, un tema difícil en el contexto contemporáneo como el de la vida religiosa femenina y masculina.

El jesuita Bergoglio conoce la fragilidad pero también la fuerza, dijo Prado respondiendo a una pregunta de Mateo González Alonso en «Vida Nueva». Estas dos dimensiones surgen, de hecho, en los tres capítulos en los que se articula la entrevista: recordar con gratitud el pasado, vivir el presente con pasión y abrirse al futuro con confianza son los títulos que los resumen. La conversación comienza con la renovación deseada por el concilio: un proceso que el Papa define como lento y fructífero pero también desordenado, al tiempo que subraya que cincuenta años son pocos para una reforma tan profunda. En este escenario de importantes cambios históricos aparece la progresiva universalización del catolicismo y la disminución de las vocaciones en las sociedades occidentales.

De su larga experiencia, Francisco extrae episodios y enseñanzas efectivas que le permiten una visión tan lúcida como exigente, como la presencia en la Iglesia y en la vida religiosa de las personas con tendencias homosexuales, una cuestión por la cual el Papa declara su preocupación o la infravaloración de la vida religiosa femenina. Pero los temas tratados son realmente muchos. Y les interesarán no solo los religiosos y los religiosos. (g.m.v.)

tas lo agradecen, pues, en el fondo saben que es también una manera sincera de reconocerles su esfuerzo.

Francisco es consciente de que los medios amplifican sus palabras y, por tanto, entiende las preguntas de los periodistas y las entrevistas —dice él—, como «parte de la comunicación de mi ministerio». Las entrevistas tienen para Francisco un valor netamente pastoral y sabe que, más allá de la necesaria prudencia, para hacer el bien con su palabra es necesario correr el riesgo de abrirse a la confianza. Los encuentros con la prensa y las entrevistas son para él una manera



En Santa Marta con una retahíla de preguntas

Nuevo libro entrevista con el Papa Francisco

de insertarse en las conversaciones de los hombres, al estilo de Jesús con los discípulos de Emaús. En las entrevistas y conversaciones con el Papa aparece el diálogo de la Iglesia con los hombres de hoy. Mi relación con el papa Francisco viene a través del mundo editorial. Comenzó pocos meses después de que el Papa asumiera su «nueva diócesis», cuando fui a presentarle las ediciones españolas de algunos de sus libros publicados anteriormente en la Editorial Claretiana de Buenos Aires. Después vinieron otros encuentros y, a medida que la relación se fue estrechando, fue naciendo en mí la idea de pedirle una cita para entrevistarlo. Más que una entrevista, me imaginaba más bien una conversación en la que saliera a relucir su alma de consagrado. Su palabra sería útil para miles de personas que seguimos a Jesús de esta manera tan peculiar.

Con motivo de la celebración del Año de la Vida Consagrada, Francisco escribió una Carta a los consagrados que comenzaba diciendo: «Os escribo como Sucesor de Pedro, a quien el Señor Jesús confió la tarea de confirmar a sus hermanos en la fe, y me dirijo a vosotros como hermano vuestro, consagrado a Dios como vosotros». Esta era, precisamente, la intuición: que la entrevista sirviera para que aflorara esta dimensión del ministerio de Francisco como Sucesor de Pedro hablando a sus hermanos. Desde los años del Concilio Vaticano II, en que el decreto *Perfectae caritatis* marcó el inicio de un proceso abierto de actualización, «la vida consagrada, siguiendo las directrices del magisterio de la Iglesia, había recorrido un camino fecundo de renovaciones». Este era el balance del camino postconciliar que hacía san Juan Pablo II pocos meses antes de su fallecimiento. Las con-

gregaciones han querido caminar todos estos años postconciliares saliendo al paso de las nuevas urgencias: el diverso escenario mundial, los desafíos de la globalización, la interculturalidad de la propia vida consagrada, la necesidad de una correcta inculcación del carisma, la formación de las nuevas generaciones, la misión compartida, los procesos de reestructuración... Seguramente, la vida consagrada no acertó siempre en el camino de la «adecuada adaptación a las condiciones cambiantes de los tiempos», tal y como había indicado el Concilio. Sin duda, muchos hermanos y hermanas podrían haber sido más flexibles ante los conflictos con algunos pastores favoreciendo la comunión.

Pero muchas veces sí acertó. Y, sin embargo, no faltaron quienes anunciaran «funerales colectivos», ni tampoco «profetas de calamidades», como sabiamente advirtiera Benedicto XVI. Así, a mediados del mes de mayo me aventuré y pedí al papa Francisco encontrarme con él. El planteamiento fue claro desde el principio: la entrevista sería, exclusivamente, para hablar de la vida consagrada. Le propuse que, a poder ser, el encuentro tuviera lugar durante el mes de agosto. Por mi grata sorpresa, el Papa me contestó en menos de cuarenta y ocho horas aceptando y proponiéndome una fecha y una hora concreta.

Francisco no me pidió que le enviara las preguntas con anterioridad. Por ello, entendí que prefería que dialogáramos abiertamente, de tú a tú, mirándonos a los ojos. Sin duda, la conversación tendría así un carácter más vivo. A Francisco no le gustan las fórmulas rígidas, y por eso busca responder de un modo espontáneo e inteligible, más allá de toda lección o clase ma-

gisterial. Esto le permite mantener ese tono pastoral, sencillo y llano que a él —y al público— tanto gusta.

Durante los meses previos a la entrevista, en la editorial buscamos, de aquí y de allá, todos los textos, discursos y alocuciones que Francisco había dirigido a la vida consagrada desde el comienzo de su Pontificado. Yo había seguido todo lo que él nos iba diciendo en diferentes ocasiones a los consagrados, pero necesitaba estudiar y releer esos textos para preparar bien el encuentro. Llegué a la casa de Santa Marta con una batería de preguntas que fui reformulando y adaptando al hilo de lo que iba saliendo en el diálogo. Al final, ha quedado esta conversación amable y fraterna, en la que aparece Francisco en esencia pura, con toda su profundidad, sin perder su espontaneidad y cercanía. Evidentemente, en una conversación de ese tipo salen muchas más cosas que las que he sido capaz de reflejar con las palabras. No es fácil transmitir al lector sus miradas, sus gestos o los énfasis que él hace con su voz en la conversación.

No es fácil reflejar su agilidad mental, su ternura al valorar a las personas, o cómo te hace sentir cierta complicidad desde su cercanía. En Francisco se nos muestra una personalidad compleja, polidécrica, creíble y auténtica a la vez. En estas páginas, Francisco se muestra como hermano y compañero de camino, pero, sobre todo, como un padre lleno de sabiduría que, desde sus raíces carismáticas propias, invita a caminar, sin miedo, mirando al futuro. Espero que quien lea este libro pueda descubrir a lo largo de sus páginas lo que yo percibí: detrás de sus palabras, el que habla es Pedro que confina a sus hermanos.

La tarde del 9 de agosto

El calor aprieta. Es lo propio. Estamos en vísperas de las ferias de agosto (*feragosto*), probablemente los días más calurosos del verano en la Ciudad Eterna. Son las tres de la tarde. A esta hora, el sol está prácticamente en su cénit. El Santo Padre me ha citado en Santa Marta a las cuatro y quiero llegar con suficiente tiempo para no tener que saludarle con la lengua fuera o la mano sudorosa. Además, Francisco me había recordado que tendría que pasar los preceptivos controles para acceder a Santa Marta por la puerta junto al Santo Ufficio.

No es la primera vez que entro en la residencia del Papa y sé bien de qué se trata. Prefiero llegar pronto, por si acaso surgiera cualquier contratiempo, y entretenerme un poco mirando la plaza de San Pedro. Me encamino, pues, hacia el Vaticano, a pie. Sin prisas, tranquilo. Bajo un sol de justicia, voy abstraído y algo nervioso. Desde la comunidad claretiana de Santa Lucía del Gonfalone, en la Via dei Banchi Vecchi, bastan quince minutos para cruzar al otro lado del Tíber y llegar a la plaza de San Pedro. Muchas ideas van y vienen, del corazón a la cabeza, y viceversa. Soy consciente de que este nuevo encuentro con Francisco será para mí

consagrada desde los inicios de su pontificado.

Así se lo propuse y, para mi sorpresa y alegría, Francisco tuvo a bien aceptar. Es nueve de agosto. Situado junto al obelisco, rodeado por las majestuosas columnas de Bernini, miro de frente la Basílica y admiro la belleza de lo que es, a todas luces, el gran símbolo actual de la cristiandad. Es el centro de la Iglesia católica. Ahí vive Pedro, la roca. Y Pedro hoy es Francisco, aquel que, con toda la autoridad, desde Roma preside en la caridad la Iglesia universal.

Tal y como los medios de comunicación nos hacen ver, es, probablemente, el hombre más importante del panorama internacional actual. Su liderazgo espiritual a nivel mundial es indiscutible. Y pienso en él, en lo que representa su figura, en lo que sucede en el mundo y en la Iglesia. Sin duda, la responsabilidad de estar al frente de una institución como esta, que tiene más de dos mil años, es impresionante. No es una responsabilidad que cualquiera pueda sobrellevar. Me sobrecoge pensar que, en breve, voy a estar sentado ante él, para realizarle una entrevista que, en el fondo, quisiera fuera más bien una conversación. (Fernando Prado)



algo especial, pero no quiero apropiármelo. Ojero disfrutarlo con la clara conciencia de saber que esto es, simplemente, un servicio más que puedo prestar a otros hermanos y hermanas consagrados. Hace dos meses me aventuré a proponer al Papa la posibilidad de tener un encuentro con él para hablar «exclusivamente» de cuestiones relacionadas con la vida consagrada. Sé, porque él mismo lo ha contado, que en Buenos Aires rehuía un tanto las entrevistas, pues no pocas veces sintió que sus respuestas fueron mal interpretadas y esto le había acarreado algún que otro problema. Era cuestión de esperar su respuesta. El fruto del diálogo sería publicado como un libro aparte y serviría también de prólogo a una obra de antología en español que recogería el Magisterio del Papa dirigido a la vida

Ya no hace calor

Al salir de Santa Marta ya no hace tanto calor. El sol está de caída. El encuentro con el Papa ha sido, realmente, extraordinario. Un torrente de sensaciones y sentimientos me invaden. He podido ver en la conversación a un hombre gigante y sencillo al mismo tiempo, un hombre de Dios entusiasta y realista a la vez. Un consagrado, como yo, como tantos otros miles de personas que viven felices siguiendo a Jesús de esta manera, sirviendo a la Iglesia y a los hermanos; gente mayor y también más joven, de aquí y de allá, apasionados por el Evangelio. En sus palabras hay verdad, sabiduría y pasión. Francisco es un hombre verdaderamente enamorado de Jesucristo.

Doy fe. (Fernando Prado)

«Es deber y tarea de los gobiernos abordar con valentía la «lucha contra los traficantes de muerte», también en el «espacio virtual», dado que «los jóvenes, y no solo ellos, son embaucados y arrastrados a una esclavitud de la que es difícil liberarse». Es el llamamiento lanzado por el Papa el sábado 1 de diciembre, al finalizar la conferencia internacional sobre «droga y adicciones», organizada en el Vaticano por el Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral. Recibiendo a los participantes en la Sala Clementina, el Pontífice subrayó que «no debemos tener miedo de calificarlos así» a los traficantes de muerte.



Llamamiento del Papa tras la conferencia sobre drogas y adicciones

Con valentía contra los traficantes de muerte

Queridos hermanos y hermanas:

Os recibo con mucho gusto al final de vuestra Conferencia Internacional sobre Drogas y Adicciones. Saludo cordialmente a todos y agradezco al cardenal Turkson las palabras con las que ha presentado nuestro encuentro. En estos días, habéis afrontado temas y problemáticas relacionados con el preocupante fenómeno de las drogas y las nuevas y viejas adicciones que obstaculizan el desarrollo humano integral. La comunidad en su conjunto se ve interpelada por las dinámicas socioculturales actuales y por las formas patológicas derivadas de un clima cultural secularizado, marcado por el capitalismo de consumo, la autosuficiencia, la pérdida de valores, el vacío existencial y la precariedad de los vínculos y de las de relaciones. La droga, como hemos subrayado ya varias veces, es una herida en nuestra sociedad, que atrapa a muchas personas en sus redes. Son víctimas que han perdido su libertad a cambio de esta esclavitud, una adicción que podemos definir como química.

El uso de la droga causa daños gravísimos a la salud, a la vida humana y a la sociedad, vosotros lo sabéis bien. Todos estamos llamados a combatir la producción, la elaboración y la distribución de la droga en el mundo. Es deber y tarea de los gobiernos abordar con valentía esta lucha contra los traficantes de muerte. Traficantes de muerte: no debemos tener miedo de calificarlos así. El espacio virtual se está revelando como un ámbito cada vez más peligroso: en algunos sitios de Internet, los jóvenes, y no solo ellos, son embaucados y arrastrados a una esclavitud de la que es difícil liberarse y que conduce a la pérdida del significado de la vida y, a veces, de la vida misma. Ante este escenario preocupante, la Iglesia siente con urgencia la necesidad de instaurar en el mundo contemporáneo una forma de humanismo que vuelva a situar a la persona humana en el centro de la vida social económica y cultural; un humanismo cuyo fundamento es el «Evangelio de la Misericordia». Partiendo de él, los discipu-

los de Jesús encuentran inspiración para llevar a cabo una acción pastoral realmente eficaz con el fin de aliviar, cuidar y sanar los muchos sufrimientos relacionados con las adicciones multiformes presentes en la escena humana. La Iglesia, junto con las instituciones civiles, nacionales e internacionales, y los diversos organismos educativos, está comprometida activamente en todos los lugares del mundo para contrarrestar la difusión de las adicciones movilizándose sus energías en la prevención, la cura, la rehabilitación y los proyectos de reintegración que devuelven la dignidad a quienes han sido privados de ella. Para vencer las adicciones, es necesario un esfuerzo sinérgico que involucre a los diferentes grupos y organismos presentes en el territorio a la hora de activar programas sociales que promuevan la salud, la ayuda familiar y, sobre todo, la educación. En esta perspectiva, me sumo a los deseos que habéis formulado en vuestra Conferencia, de una mayor coordinación de las políticas antidroga y contra la adicción, —las políticas aisladas no sirven: es un problema humano, es un problema social, todo debe estar vinculado— creando redes de solidaridad y cercanía con aquellos que están marcados por estas patologías.

Queridos hermanos y hermanas, muchas gracias por vuestra contribución en estos días de estudio y reflexión. Os animo a continuar, en vuestros diversos ámbitos de acción, con vuestro trabajo de animación y sostén también a favor de aquellos que han salido del túnel de la droga y de las diversas adicciones. Estas personas necesitan la ayuda y el apoyo de todos nosotros: así podrán, a su vez aliviar el sufrimiento de muchos hermanos y hermanas en dificultades.

Confío vuestros esfuerzos y vuestros propósitos de bien a la intercesión de María Santísima, Salud de los Enfermos, y, mientras os pido que recéis por mí, os bendigo a todos de corazón, así como a vuestras familias y a vuestras comunidades. Gracias.

Una pandemia entre los jóvenes

Una «pandemia con implicaciones múltiples y mutantes» y aspectos «a veces dramáticos»: así definió el cardenal Pietro Parolin el fenómeno de las adicciones, interviniendo el viernes 30 de noviembre en la conferencia organizada por el Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral. Un fenómeno —destacó el Secretario de Estado— especialmente difuso entre los jóvenes, que suscita «un profundo dolor y una gran preocupación».

De hecho «en la última década, el rango de adicciones se ha ampliado considerablemente, incluido un grupo multiforme de trastornos en los que el objeto de la adicción no es solo una sustancia, sino una actividad, a menudo socialmente aceptada. Estas nuevas formas de adicción compulsiva al juego, internet, compras, sexo, pornografía, teléfono móvil, donde el objeto de dependencia se convierte en un pensamiento obsesivo para la persona e influye en el comportamiento, son la señal de una profunda angustia psíquica. Un empobrecimiento social de valores y referencias».

El cardenal Parolin destacó cómo el vacío de los valores tiene «repercusiones, especialmente en los jóvenes que, al no encontrar respuestas a sus preguntas correctas sobre el significado de la vida, se refugian en las drogas, así como en Internet o en el juego, recibiendo fragmentos de placeres efímeros». En este sentido, reafirmó que «la Iglesia frente a este fenómeno coloca a la persona en el centro, como protagonista, dirigida a la renovación interior, en busca del bien, la libertad y la justicia. Acoge y acompaña para la recuperación a los involucrados en la espiral de drogas, así como a otras dependencias».

Por supuesto, señaló, «debemos pensar, no solo en la recuperación, sino también en una acción preventiva que se traduce en una intervención en la comunidad como un todo, de modo que la acción educativa, cultural y de capacitación involucre al mayor número de Personas y no solo a grupos en riesgo». En este sentido, según el cardenal, «una política de prevención del malestar juvenil» debe fomentarse, así como son «dignos de elogio los estudios y las oportunidades de confrontación capaces de aumentar la conciencia sobre el impacto y la naturaleza de la salud y los costos sociales causados por las drogas; de reforzar la capacidad de manejo de tratamientos farmacológicos y de rehabilitación; de aumentar la movilización y coordinación de recursos».

De ahí, el deseo final del secretario de estado de que los resultados del congreso en la nueva sala del Sínodo «contribuyan a involucrar a la opinión pública y los operadores del sector en un espacio común de actualización y discusión con el objetivo de razonar sobre una planificación política que estimule las conciencias y prefigure la posibilidad de inversiones estructuradas en prevención y educación, así como actualizaciones normativas, para crear un sistema que responda verdaderamente a las nuevas necesidades».

Los auspicios fueron evocados durante la homilía de la misa celebrada poco después en la Basílica de San Pedro: «Somos invitados por el Señor —exhortó— a utilizar la inteligencia y la energía para sembrar la esperanza entre las nuevas generaciones, ayudarlas a no caer en la trampa de la dependencia y a salir cuando, por desgracia, se han caído».

Este ámbito de servicio se encuentra entre las más difíciles, tanto por una cierta cultura que no favorece la prevención como por las frecuentes recaídas de quienes padecen adicciones, lo que hace que hacen perder la paciencia de una recuperación efectiva». Por el resto, concluyó el cardenal Parolin, «algunos operadores se ven tentados a perder la esperanza y sienten una sensación de soledad, en parte debido a cierta indiferencia y al consiguiente debilitamiento de las políticas activas de prevención, tratamiento y rehabilitación».

La Biblia y el ecosistema cultural indígena

MARCELO FIGUEROA

La tarea de la teología bíblica y especialmente de las traducciones ha ocupado en el pasado casi la mitad de mi vida académica. Una de las tareas más maravillosas y desafiantes fue la de asistir a los lingüistas de las comunidades cristianas indígenas en las labores de traducción de los textos bíblicos a su propia lengua, la del corazón, la de sus ancestros, la que usaba su madre para acunarlos.

Traducir los Evangelios a una lengua indígena no es una imposición ni mucho menos una invasión a su cultura dado que solamente se realiza ante el pedido expreso de esa comunidad. Es más, en definitiva hace que la palabra de vida sea un instrumento muy valioso para preservar, fijar y proteger la lengua autóctona frente a los avances colonizadores que la amenazan. Además es poner el Evangelio en sintonía con una cosmovisión aborígen al servicio de la preservación del ecosistema lingüístico universal. Ernesto Cardenal, en un encuentro paralelo del III Congreso Internacional de la lengua española en el año 2004 dijo al respecto: «Cuando se pierde una lengua, es una visión del mundo lo que se pierde».

La creencia general de que algunos indígenas hablan usando sólo unos cuantos vocablos dispersos y sin gramática es totalmente falsa. Cada lengua indígena es un idioma bien desarrollado y tan o más completo que varios de los idiomas dominantes. Las lenguas autóctonas del norte argentino son un ejemplo de ello. Estos idiomas interactúan entre sí y se nutren de la riqueza y variedad de la fauna y flora de su hábitat natural. Nos sirve de ejemplo el pasaje evangélico de Marcos 1, 6, en el que se relata que Juan el Bautista «comía miel silvestre». En este caso, la tarea del traductor no es sencilla. En la lengua wichi hay 18 palabras para referirse a ese tipo de miel, en el toba hay 10, en la lengua chorote, 7 u 8. El texto bíblico no especifica el tipo de miel silvestre que comía Juan el Bautista, pero el traductor del Chaco (recolector de miel) debe elegir qué palabra usar.

En el extremo sur del territorio argentino, en la ciudad más austral del planeta, a fines del siglo diecinueve, los misioneros anglicanos se enfrentaron a un dilema similar con las lenguas de los indígenas yaghanes. En el texto de la parábola del sembrador, el relato menciona que «parte de las semillas fueron comidas por las aves» (*Matteo* 13, 4). La etnia de los yaghanes que habitaban «el fin del mundo» no tenía una palabra genérica para las aves. Esto es porque interactuaban con ellas de tal manera que daban a cada una nombre específico, sabían sus temporadas, costumbres y preferencias alimenticias.

El hambre, la pobreza y marginalidad a los que son sometidos la mayoría de los pueblos indígenas dejan huellas en el pensamiento. Los grupos étnicos del Chaco paraguayo han sufrido una constante escasez de víveres y, muy a menudo, hambruna. Por consiguiente, cuando hay comida, la comen. No les cabe la idea de tener víveres o comida almacenada y decidir no comer. Esto presentó dificultades para interpretar el ayuno bíblico. Por eso, fue preciso traducirlo explicando el concepto: «dejar de comer por un tiempo con el propósito de dedicarse al culto o al servicio a Dios».

Los modismos son un género propio de un determinado idioma. La Biblia habla del «corazón duro» indicando la terquedad o el entendimiento entenebrecido de una persona. En cambio, para los shipibo, de la



Fray Junípero en la bahía de San Diego

selva peruana, tener un «corazón duro» es algo deseable y loable, pues se refiere a una persona valiente. Cuando quisieron expresar la idea bíblica de «corazón duro», ellos tradujeron: «sus oídos no tienen huecos».

La idea de corazón como centro de la personalidad humana aparece con frecuencia en el relato bíblico. En el sermón del monte, Jesús dice: «Bienaventurados los de limpio corazón». Bien sabemos que esto es una figura literaria, ya que el corazón es un órgano. El problema es que en otras culturas el órgano usado para referirse al centro de una persona, es el hígado, no el corazón. En estos casos el texto bíblico debe decir: «Bienaventurados los de limpio hígado».

Por ello, cuando releemos la encíclica *Laudato si'* y hablamos de la ecología integral, no debemos dejar de reflexionar en la comunicación del Evangelio y en el rol de las traducciones. Estas experiencias latinoamericanas en este sentido pueden contribuir para ir preparando nuestros corazones de cara al Sínodo de la Amazonía y también el lugar de sus habitantes, su fe y su cultura.

Apóstol de las misiones



Una reliquia suya fue enviada a Roma, donde se conserva desde 1614, en un relicario de la iglesia del Gesú

CAMILLUS JOHN PILLAI*

Francisco Javier, uno de los primeros compañeros de Ignacio de Loyola, fue uno de los más grandes misioneros en la historia de la Iglesia. Es responsable de la consolidación y difusión de la fe cristiana en la India y en el archipiélago indonesio de las Molucas y, sobre todo, de la proclamación del Evangelio en Japón.

Nació el 7 de abril de 1506 en Navarra, España. Durante su formación universitaria en París, conoció a Ignacio, noble vasco de Loyola, y se convirtió en parte del núcleo original de la Compañía de Jesús. Después de graduarse, trabajó como profesor universitario y luego se fue a Italia. Aquí, fue ordenado sacerdote el 24 de junio de 1534 en Venecia junto con Ignacio, quien se desempeñó como secretario en Roma. En respuesta a una solicitud del rey Juan II de Portugal al santo de Loyola, Francisco Javier fue enviado a predicar el Evangelio en la India. Navegó desde Lisboa el 7 de abril de 1541 y llegó a Goa el 6 de mayo de 1542. No solo era un misionero, sino también un representante papal y un representante de la corona portuguesa.

Goa era una ciudad grande, con muchas iglesias y monasterios. Pasó varios meses allí, pero su mandato no preveía que debía establecerse como párroco. Pronto fue llamado en el sureste de la India: el territorio del nuevo encargo era la costa de Coromandel, donde ya en 1536 se había bautizado a toda la comunidad de pescadores, unas cien mil personas. Estos católicos vivían como islas dispersas en medio de una población predominantemente hindú. En particular, fue capaz de atraer a los jóvenes, quienes lo llamaron cariñosamente «gran padre»: les hizo aprender de memoria las nociones cristianas y luego los envió a enseñar a adultos. Cuando Fran-

cisco Javier llegó a la India encontró una masa de personas indefensas y dejó una Iglesia bien establecida: en Travancore, en Kerala, bautizó a más de diez mil fieles en un mes. A finales de siglo, los jesuitas habían reunido a cristianos en dieciséis grandes pueblos, en cada uno de los cuales residía un padre de la Compañía.

En 1545 zarpó hacia Malaca. El ejemplo de una vida sencilla, santa y un trabajo duro le ofreció un poder irresistible sobre los corazones de los demás, incluso de los no cristianos. Pero ni siquiera aquí se detuvo: continuó hacia las Molucas, donde también fue amado por los musulmanes. En 1549 fue nombrado pri-

mer provincial de los jesuitas en Goa, mientras que la perspectiva de evangelizar las islas de Japón comenzaba a despertar entusiasmo en él. Junto con dos confraternos, Cosma de Torres y Juan Fernández, y Anjiro, un converso e intérprete japonés, llegó a Kagoshima el 15 de agosto de 1549.

En la primera fase de esa misión hubo un centenar de personas bautizadas. Un año después, confió a los conversos a Anjiro para que se mudaran a la capital de Kioto. De las conversaciones con el clero budista, entendió que el cristianismo sería más atractivo si entraba al país desde China. Entendiendo que incluso

la conversión de China habría sido imitada por los japoneses, partió hacia el Imperio Celestial en 1551. Sin embargo, durante su navegación su salud empeoró. Murió en la isla de Sancian el 3 de diciembre de 1552, donde fue enterrado inicialmente. Luego, el 22 de marzo de 1553, el cuerpo fue llevado a Malaca y luego, nuevamente sin corromper, a Goa. Francisco Javier trabajó en Asia durante unos diez años.

Y aunque se consumió mucho tiempo en los difíciles viajes por mar y en las interminables expectativas en los asentamientos portugueses, se convirtió en el apóstol de la India y Japón. Sus comidas sencillas eran así para poder ser consumidas rápidamente. El sueño se limitaba a algunas horas de la noche y era a menudo interrumpido por las oraciones. Alentó el nacimiento de una literatura cristiana indígena en la costa sur de la India y Japón y trabajó para la formación de catequistas y sacerdotes locales. Comprendió que para que la misión tuviera éxito, era esencial penetrar los matices más finos del vocabulario y el lenguaje y respetar la cultura, la tradición y el alma de una nación. Con su ejemplo de santidad, inspiró a sus compañeros a sacrificarse de una manera heroica.

Fue beatificado por Pablo V el 25 de octubre de 1619. Tres años después, el 12 de marzo de 1622, fue canonizado por Gregorio XV junto con Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila, Filippo Neri e Isidoro. En 1748 Benedicto XIV lo declaró patrón de Oriente. En 1904, Pío X lo proclamó patrón de la Obra para la propagación de la fe y en 1927, Pío XI lo eligió como patrón de las misiones con Teresa del Niño Jesús.

* *Jefe de oficina de la Congregación para la evangelización de los pueblos*

Audiencia al presidente del estado de Palestina



El 3 de diciembre el Papa Francisco recibió en audiencia a Mahmoud Abbas, presidente del estado de Palestina, el cual se reunió sucesivamente con el secretario para las Relaciones con los Estados, el arzobispo Paul Gallagher. Durante las conversaciones cordiales, se revelaron las buenas relaciones entre la Santa Sede y Palestina y el papel positivo de los cristianos y de la actividad de la Iglesia en la sociedad palestina, ratificados en el Acuerdo Global de 2015. Después, se detuvieron en el camino de reconciliación dentro del pueblo palestino, así como en los esfuerzos para reactivar el proceso de paz entre israelíes y palestinos y alcanzar la solución de dos estados, con la esperanza de un compromiso renovado de la comunidad internacional para satisfacer las legítimas aspiraciones de ambos pueblos. Se prestó especial atención al status de Jerusalén, subrayando la importancia de reconocer y preservar su identidad y el valor universal de una ciudad santa para las tres religiones abrahámicas. Finalmente, se habló sobre el resto de conflictos que afectan a Oriente Medio y la urgencia de fomentar la paz y el diálogo, con la contribución de las comunidades religiosas, para combatir todas las formas de extremismo y fundamentalismo.

Con los colores del mundo

La página y el logo del mes misionero extraordinario



Una página web (www.october2019.va) para prepararse lo mejor posible en todo el mundo para el próximo mes misionero extraordinario impulsado por el Papa Francisco, que se celebrará en octubre de 2019: es el nuevo instrumento de comunicación, información y también participación, que se presentó la mañana del viernes 30 de noviembre en la Sala de Prensa de la Santa Sede. Será un medio adicional, después de la carta pontificia de inducción, para comprender que «la obra misional no es un compromiso para ser delegado en alguien, sino la vocación de toda la Iglesia», como recordó el cardenal Fernando Filoni

en la intervención que abrió el Encuentro con los periodistas. El Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, después de subrayar cómo la iniciativa del Pontífice llega para celebrar el centenario de la carta apostólica *Maximum illud* de Benedicto XV, ha revisado brevemente el itinerario a través del cual la Iglesia, desde el Vaticano II hasta hoy, ha señalado repetidamente a todos los cristianos, como bautizados, la responsabilidad misionera de proclamar el Evangelio.

El arzobispo Giampaolo Dal Toso, presidente de las Obras Misionales Pontificias (POM), se hizo eco de las palabras del purpurado, y

recordó a los presentes el tema del mes misionero: «Bautizados y enviados. La Iglesia de Cristo en misión en el mundo». Al recordar las palabras del cardenal Filoni, el prelado destacó cómo las modalidades y los ámbitos de la misión se han transformado a lo largo del tiempo. El modelo misionero «norte-sur» al que estamos acostumbrados, dijo, aunque no está agotado, ya no es exclusivo: «La misión también está aquí, porque el desconocimiento de Cristo también está muy extendido en la civilización occidental».

Algunos detalles del sitio web que acompañará el trabajo de preparación para el mes misionero fueron proporcionados por el Padre Fabrizio Meroni, secretario general de la Pontificia Unión Misionera, director del Centro de Animación Misionera y director de la Agencia Fides. En la página web están disponibles los textos del magisterio y de las POM, áreas dedicadas a los testimonios, a la formación, a las noticias procedentes de las misiones en todo el mundo. Sobre todo, se puede consultar la Guía del Mes Misionero Extraordinario: un texto que recopila contribuciones de todo el mundo y que será útil para las diócesis individuales en sus caminos de formación y animación misionera. A partir de febrero, la guía también se distribuirá en papel, traducida a cinco idiomas. También se presentó el logo del mes misionero: una cruz que abraza al mundo, envolviéndolo con los colores de los cinco continentes. El mundo —explicó el padre Meroni— es transparente porque es la cruz la que lo transfigura, llenándolo de luz.

La historia de la ecuatoriana Mercedes de Jesús Molina

Voces de la Misión

En el apartado de «Testimonios» de la nueva página web aparecen relatos relacionados con santos, beatos, mártires, evangelizadores de ayer y de hoy. Aquellos que a lo largo de diferentes épocas han sido las manos y los pies de Dios llevando el Evangelio a todos los continentes: corazón y mentes, vidas y acciones del pasado para un anuncio que es el mismo ayer, hoy y siempre: Cristo. Es el caso de la beata Mercedes de Jesús Molina, misionera procedente de Ecuador que hoy es considerada la patrona de los misioneros ecuatorianos «ad gentes». Así la declaró la Conferencia episcopal de Ecuador en 2015. Años antes, en 1985, fue proclamada beata por San Juan Pablo II durante su visita pastoral a Ecuador, en Guayaquil, el 1 de febrero de ese año. Mercedes nació en la provincia de Los Ríos, del departamento de Guayaquil, el 20 de febrero de 1828. Perdió a sus padres precozmente —a los dos años el padre y, a los quince, la madre— y fue confiada a su hermana mayor con quien se trasladó a Guayaquil, donde pudo disfrutar de las comodidades que le otorgaba su herencia. Un día, durante un paseo con la familia de su prometido, Mercedes se cayó del caballo y se fracturó un brazo. Durante el periodo de rehabilitación, contemplando a Jesús en el camino del Calvario, la joven rompió su promesa conyugal y decidió que desde aquel momento dedicaría su vida y amaría solo a Dios.

Inició así una vida de penitencia y ayuno. Acompañada por un director espiritual, en aquellos años Dios se le manifestó muchas veces. Mercedes dejó finalmente la comodidad de la casa de su hermana María, despojándose de cualquier posesión, dinero o joyas y entró a formar parte de la casa de las Recogidas, en Guayaquil,

aceptando con humildad un gallinero como habitación.

En 1870, los padres jesuitas la invitaron a una misión situada en la parte oriental de Ecuador. Mercedes era tan pobre que, para emprender su viaje misionero y para su supervivencia, tuvo que pedir limosna por las calles de Guayaquil. Recorrió caminos difíciles e intransitables y experimentó el frío y la soledad de la noche. Los poderosos ríos de la Amazonía ecuatoriana amenazaron muchas veces con interrumpir su viaje. Sin embargo, ninguna de estas experiencias extremas la apartó de su objetivo.

Fue la primera mujer ecuatoriana en adentrarse en esta zona de la selva y pronto se convirtió en una ayuda para la tribu Shuar, curando las heridas de sus miembros y brindándoles consuelo espiritual. Debido a una epidemia de viruela, las condiciones de salud de los padres misioneros empeoraron hasta tal punto que se vieron obligados a abandonar la misión. Mercedes se quedó sola con dos compañeras. Unos meses después, el obispo de Cuenca les pidió también que abandonaran la misión. Mercedes, sin embargo, no quiso irse y pidió permanecer allí hasta que se superara la emergencia. Se quedó junto a los pacientes, los animó con la palabra, los curó con las manos, los amó con el corazón, y curó a los enfermos con dulzura y ternura dentro de una tienda-hospital improvisada.

Además de afrontar al lado de los Shuar la plaga de la viruela que diezmo la población, vivió las devastaciones y el dolor de la guerra entre



las tribus de Méndez y Gualaquiza. Sin perder la alegría de anunciar siempre la Buena Nueva, una vez superada la epidemia, Mercedes fue a Cuenca y fundó allí un orfanato. Después de tres años, se fue a Riobamba, donde el 14 de abril de 1873 fundó la primera congregación religiosa ecuatoriana femenina con el nombre de Instituto de Santa Mariana de Jesús, de la que ella misma adoptó los votos.

Falleció el 12 de junio de 1883.



«Incluso si rezamos, tal vez, desde hace muchos años, siempre debemos aprender» y es posible hacerlo mirando a Jesús, «hombre de oración» y «maestro de oración». Lo subrayó el Papa Francisco inaugurando —en la audiencia general del miércoles 5 de diciembre en el aula Pablo VI— un nuevo ciclo de catequisis dedicadas al Padre nuestro

El Pontífice inaugura un ciclo de catequisis sobre el Padre nuestro

Enséñanos a rezar

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy iniciamos un ciclo de catequisis sobre el «Padre nuestro». Los Evangelios nos han ofrecido retratos muy vivos de Jesús como hombre de oración: Jesús rezaba. A pesar de la urgencia de su misión y de la necesidad urgente de tanta gente que lo reclama, Jesús siente la necesidad de apartarse en la soledad y de rezar. El evangelio de Marcos nos relata este detalle desde la primera página del ministerio público de Jesús (cf. 1, 35). El primer día de Jesús en Cafarnaúm se había concluido de manera triunfal. Cuando bajó el sol, multitudes de personas enfermas llegaron a la puerta de donde vivía Jesús: el Mesías predica y sana. Se cumplieron antiguas profecías y las expectativas de tanta gente que sufre: Jesús es el Dios cercano, el Dios que nos libera. Pero esa multitud es aún pequeña en comparación con muchas otras multitudes que se reunirán alrededor del profeta de Nazaret; a veces se trata de reuniones oceánicas, y Jesús está en el centro de todo, el esperado por la gente, el resultado de la esperanza de Israel.

Y sin embargo, Él se desvincula; no termina como rehén de las expectativas de quien ya lo ha elegido como líder. Que es un peligro de los líderes: aferrarse demasiado a la gente, no tomar distancias. Jesús se da cuenta y no termina como rehén de la gente. Desde la primera noche de Cafarnaúm, demuestra que es un Mesías original. En la última parte de la noche, cuando ya se anuncia el alba, los discípulos lo buscan aún, pero no son capaces de encontrarlo. ¿Dónde está? Hasta que Pedro finalmente lo encuentra en un lugar aislado, completamente absorto en oración. Y le dice: «Todos te buscan» (Marcos 1, 37). La exclamación parece ser la conclusión de un éxito unánime, la prueba del éxito de una misión.

Pero Jesús dice a los suyos que debe ir más allá; que no es la gente quien le busca a Él, sino que es sobre todo Él quien busca a los demás. Por ello, no debe echar raíces, pero permanece continuamente como peregrino en los caminos de Galilea (vv. 38-39).

Y también peregrino hacia el Padre, es decir: rezando. En camino de oración. Jesús reza.

Y todo sucede una noche de oración.

En alguna página de la escritura parece ser sobre todo la oración de Jesús, su intimidad con el Padre, lo que lo gobierna todo. Lo será, por ejemplo, sobre todo en la noche del Getsemaní. La última parte del camino de Jesús (en absoluto la más difícil entre las que hasta entonces había llevado a cabo) parece encontrar su sentido en la continua escucha que Jesús hace al Padre. Una oración que seguramente no es fácil, es más, que es una auténtica «agonía», en el sentido de la agonía de los atletas y sin embargo, una oración capaz de sostener el camino de la cruz.

He aquí el punto esencial: allí, Jesús rezaba. Jesús rezaba intensamente en los momentos públicos, compartiendo la liturgia de su pueblo, pero también buscaba lugares tranquilos, separados del torbellino del mundo, lugares que permitieran descender al secreto de su alma: es el profeta que conoce las piedras del desierto y sube alto en los montes. Las últimas palabras de Jesús, antes de expirar en la cruz, son palabras de los salmos, es decir, de la oración, de la oración de los judíos: rezó con las oraciones que su madre le había enseñado.

Jesús rezaba como reza todo hombre del mundo. Y sin embargo, en su modo de rezar, se encerraba también un misterio, algo que seguramente no escapó a los ojos de sus discípulos, si en los evangelios encontramos aquella súplica tan sencilla e inmediata: «Señor, enséñanos a orar» (Lucas 11, 1). Ellos veían a Jesús rezar y tenían ganas de aprender a rezar: «Señor, enséñanos a orar». Y Jesús no se niega, no es celoso de su intimidad con el Padre, sino que vino precisamente para introducirlos en esta relación con el Padre. Y así se convierte en maestro de oración de sus discípulos, como seguramente quiere serlo para todos nosotros. También nosotros deberíamos decir: «Señor, enséñame a orar. Enséñame».

¡Incluso si rezamos, tal vez, desde hace muchos años, siempre debemos aprender! La oración del hombre, este anhelo que na-

ce de manera tan natural de su alma, es quizás uno de los misterios más densos del universo. Y ni siquiera sabemos si las oraciones que dirigimos a Dios son en realidad aquellas que Él quiere escuchar. La Biblia también nos da testimonio de oraciones inoportunas, que eventualmente son rechazadas por Dios: basta recordar la parábola del fariseo y el publicano. Solo este último, el publicano, regresa a casa del templo justificado, porque el fariseo estaba orgulloso y le gustaba que la gente lo viera rezando y fingiendo rezar: el corazón estaba frío. Y dice Jesús: «porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado» (Lucas 18, 14). El primer paso para rezar es ser humilde, ir al Padre y decir: «Mírame, soy pecador, soy débil, soy malo», cada uno sabe qué decir. Pero siempre se comienza con la humildad y el Señor escucha. La oración humilde es escuchada por el Señor.

Por eso, iniciando este ciclo de catequisis sobre la oración de Jesús, la cosa más hermosa y más justa que todos debemos hacer es repetir la invocación de los discípulos. «Maestro, enséñanos a rezar». Será hermoso, en este tiempo de Adviento, repetirlo: «Señor, enséñame a rezar». Todos podemos ir un poco más allá y rezar mejor; pero pedirlo al Señor: «Señor, enséñame a rezar». Hagamos esto, en este tiempo de Adviento y Él seguramente no dejará caer en el vacío nuestra invocación.

Que en el tiempo de Adviento nuestra oración «no sea rutinaria ni egoísta» sino «encarnada en nuestra vida». Lo dijo el Pontífice al finalizar la catequisis, durante el saludo habitual a los grupos de fieles presentes en la audiencia general.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española venidos de España y Latinoamérica. Los animo a pedir a Dios como hicieron los discípulos: «Señor, enséñanos a rezar», para que nuestra oración no sea ni rutinaria ni egoísta, sino encarnada en nuestra vida y que sea agradable a nuestro Padre del cielo.

Que Dios los bendiga. Muchas gracias.